

todos los fieles: « No ameis el mundo ni lo que contiene: el que le ama no ama á Dios, etc. » *Epíst. 1ª de san Juan*, II, 15, etc. En el texto que nos oponen, dice S. Pablo, que si fuese preciso separarse de todos los hombres viciosos, deberíamos salir de este mundo; esto no es posible ni lícito á los que pertenecen á la sociedad por sus funciones, por sus deberes, por los ministerios públicos ó particulares que tienen á su cargo; pero ¿se infiere de esto que los que están exentos de estos cargos no pueden aprovecharse de su libertad, cuando experimentan el mayor peligro si permanecen en el mundo?

Además, no vemos en qué sentido quiere aislarse y vivir solo para sí un hombre que se dedica á vivir en comunidad que exige este género de vida. Uno de los modos mas exquisitos para ejercer la caridad con nuestros semejantes, es el darles buen ejemplo, mostrándoles lo que es la virtud, esto es, la fuerza del alma, hasta dónde puede llegar, y de cuánto es capaz el hombre cuando quiere hacerse violencia. Pues esta es la lección que dieron en todos los tiempos los religiosos fieles á sus obligaciones. No se contentaron con orar por los demás, sino que consintieron en dejar la soledad y prestarles sus servicios, siempre que fué necesario. S. Antonio abad salió dos veces en su vida: la primera en la persecucion de Maximino, para servir á los fieles que se exponían á los tormentos; la segunda en las turbulencias de la herejía de Arrio, para dar un testimonio público de su fe. ¿Dónde está pues la falta de caridad cristiana?

Los protestantes faltan á la verdad, cuando dicen que Jesucristo no dió lecciones y ejemplos de mortificación. Ya hemos visto lo mucho que alabó la vida solitaria, penitente y austera de S. Juan Bautista; y hablando de sí mismo, dice tambien que no tenia dónde reclinar la cabeza. *Evang. de S. Luc.*, IX, 38. Solo dependia de su voluntad vivir con comodidad, porque solo él disponia absolutamente de la naturaleza. S. Pablo elogia tambien la vida solitaria y mortificada de los profetas, *Epíst. á los Heb.*, XI, 37 y 38. Dice: « Castigo mi cuerpo y le reduzco á servidumbre, etc. » *Epíst. 1ª á los Corint.*, IX, 27. « En nuestro cuerpo llevamos siempre la mortificación de Jesucristo, para que aparezca en nosotros su vida. » *Epíst. 2ª á los Corint.*, IV, 10. Los primeros cristianos vivian tambien así segun el testimonio de Tertuliano. V. MORTIFICACION.

El ejemplo de los antiguos *monjes* no es muy propio para persuadirnos de que la vida

penitente y austera es contraria á la salud y abrevia el número de nuestros días. S. Pablo, primer ermitaño, despues de haber pasado noventa años en la penitencia y la soledad, murió á los ciento catorce. S. Antonio llegó á la edad de ciento seis, y hay muchos mas ancianos en la Trapa y Sept-Fonts que en ningun otro estado, guardando la debida proporcion. Cuando quiso S. Basilio que sus *monjes* tuviesen un exterior mortificado y penitente, no fué su ánimo que le afectasen por vanidad, como los hipócritas de que nos habla Jesucristo; un motivo vicioso basta para convertir en criminales las acciones mas loables.

En cuanto á la pretendida ociosidad de los *monjes*, respondemos que hay trabajos de muchas especies. Orar, leer, meditar, cantar las divinas alabanzas, servir á sus hermanos, y ocuparse en los diferentes oficios de una casa, es verdaderamente trabajar; y este género de vida es mas laborioso que el de los mas de los censores que le vituperan. Véase OCIOSO, OCIOSIDAD.

2º Sin embargo, se empeñan en decir que os *religiosos* son inútiles al mundo. Ya hemos observado que las mas de las órdenes religiosas fueron instituidas por motivos de utilidad pública, y que prestaron en diferentes siglos los servicios que se les exigian. Los religiosos hospitalarios, los que se destinan á las misiones, los benedictinos, célebres por sus trabajos literarios, los de la redencion de cautivos, los que tienen á su cargo la enseñanza, los que auxilian á los obispos y curas en las provincias donde hay escasez de clérigos, no solo son muy útiles, sino tambien necesarios, y hay pocos que no estén dedicados á algunas de estas funciones.

Los hospitales, las casas de correccion, los asilos destinados á los ancianos y huérfanos, los colegios y seminarios, no pueden estar constantemente servidos con utilidad, sino por unos hombres que viven en comunidad, y que están animados de un espíritu caritativo y religioso. Que estas casas sean seculares ó regulares, que los miembros que las componen sean libres para salir ó estén ligados por votos, ¿qué importa al público, con tal que desempeñen fielmente sus deberes? Siempre conviene que su estado sea permanente; seria una crueldad expeler en la edad decrepita, ó en el estado de enfermedad, á unos hombres que emplearon su juventud y sus fuerzas en el servicio de sus semejantes.

Pero consideremos solamente el interes político, una vez que así lo quieren nuestros

adversarios. En las naciones corrompidas por el lujo es muy útil hacer que subsistan muchos hombres con el menor gasto posible, y cuesta mucho menos mantener veinte hombres reunidos que separados de tres en tres, ó de cuatro en cuatro. Es preciso que haya por lo menos algunos estados en que se puedan cortar las superfluidades del lujo, viviendo con frugalidad y con una sabia economía. Hay personas desgraciadas por naturaleza que son juguete de la fortuna y víctima de sus desgracias, que pasarían una vida miserable en el seno de la sociedad, y conviene que tengan un asilo donde puedan pasar sus días en el reposo y en la oscuridad. ¿No es conforme á la humanidad dejar libre á todo particular para elegir el género de vida que mas le agrade, que se concilie mejor con su gusto y con su interes presente, cuando la sociedad no recibe ningun perjuicio? Pero la humanidad que tanto ensalzan nuestros filósofos, no es su virtud favorita. Si estuviera en su mano, sujetarian imperiosamente á sus ideas al mundo entero.

3º Es imposible, dicen estos rígidos censores, que no se introduzca bien pronto la relajacion en las órdenes religiosas; se necesitan incesantemente nuevas reformas con las que nada se consigue por último, y en todos tiempos fueron los *religiosos* el escándalo de la Iglesia.

Estos hechos se podrán hacer creer á los ignorantes; pero no á los que saben la historia. Al contrario, nosotros sostenemos que en todos los siglos hubo *religiosos* muy edificantes, que en los tiempos de menos crédito hicieron mas bienes que males. En mil quinientos años no se nota casi ninguna relajacion entre los *monjes* orientales que están hoy como en su primitiva institucion, y siempre igualmente adictos á la regla de S. Basilio, ó la de S. Antonio. Los cartujos no tuvieron ningun reforma en siete siglos. La mayor parte de las otras órdenes religiosas tuvieron un solo hombre por autor: ¿dónde está, pues, la imposibilidad de corregir á los que lo necesitan? Nosotros no hemos visto ninguna órden religiosa rebelarse contra los nuevos reglamentos que se les impusieron; antes bien obedecieron sin resistencia aun las mismas que fueron suprimidas. En vano buscamos entre ellas el espíritu inquieto, alborotador y sedicioso que falsamente les imputan. Cuando los protestantes quisieron destruirlas, tuvieron que usar de la calumnia, y llevaron su tiranía hasta el extremo de hacerlas firmar las horrosas acusaciones con que las calumniaban. Véase la *Conver-*

sion de Inglaterra comparada con su pretendida reforma, entret. 3, c. 5.

Aunque en el día se nota alguna relajacion en los *religiosos*, es menester confesar que se hizo comun en todos los estados de la sociedad. ¿Se puede citar uno solo en que haya el mismo decoro, la misma regularidad de costumbres, y las mismas virtudes que en el siglo pasado? Cuando la corrupcion es general, es preciso que se resientan de ella todos los estados. Pero no es propio de los principales autores del mal lamentarse de él y exagerarlo.

4º No cesan de repetir que las órdenes mendicantes son la mas pesada carga para el estado; que las demás son demasiado ricas; que las primeras usan de la seduccion, de las falsas devociones y de fraudes piadosos para exigir las limosnas; y que unas y otras contribuyen á la despoblacion del reino.

Pero nosotros no podemos concebir en qué sentido son una carga los mendicantes para los que nada les dan, ni conocemos ninguna tasa que se hubiese impuesto al pueblo para obligarle á que los alimente. En el artículo MENDICANTES, hemos notado que hay en toda la Europa otra especie de mendicidad mucho mas odiosa que la suya, contra la cual nadie dice una sola palabra. Véase á Mr. Barmont, *Economie politique chrétienne*, obra en la que el sabio vizconde presenta las verdaderas causas del pauperismo en las sociedades modernas.

En cuanto á las devociones verdaderas ó falsas, no pertenece juzgarlas á los que no tienen religion, y piensan que todo acto de piedad es una supersticion. Convenimos en que se habrán introducido abusos en muchas casas religiosas; pero la Iglesia trató y tratará siempre de reprimirlos.

En el artículo CELIBATO hemos demostrado con hechos, comparaciones y cálculos innegables, que es falso que el celibato eclesiástico y religioso sea una causa de la despoblacion.

Leibnitz, filósofo protestante y buen político, no vituperó la institucion, ni la multitud de las órdenes religiosas; solamente quisiera que las mas se ocupasen en el estudio de la historia natural. Entonces seria, dice, cuando el género humano haria los mayores progresos en esta ciencia. *Esprit de Leibnitz*, tom. 2, pág. 33.

Sabemos muy bien que el mayor crimen de los *monjes* que tienen rentas á los ojos de los disertadores políticos, son las mismas rentas que poseen. Este perjuicio le hemos examinado en el artículo MONASTERIO.

Monjes ó religiosos, Estado monástico ó religioso, Monasterio. Estos artículos tienen demasiada conexión para que podamos ponerlos separados. La palabra *monje* sale del griego *μὴν*, que quiere decir, solo, solitario, y en su origen significaba los hombres que se confinaban en los desiertos, y vivían lejos de todo comercio con el mundo para ocuparse únicamente de su salvación. En la Iglesia católica, se llaman *monjes ó religiosos* los que se obligan por voto á vivir según una regla y practicar la perfección del Evangelio.

Hubo muy al principio cristianos que, á imitación de S. Juan Bautista y de los profetas, se retiraron á la soledad para entregarse á la oración, á los ayunos y demás ejercicios de penitencia: se llamaron *ascetas*, esto es, hombres que se ejercitaban en obras de penitencia. Jesucristo parece que dió ejemplo de este género de vida con los cuarenta días que pasó en el desierto, y con la costumbre que tenía de retirarse, para orar con más recogimiento: alaba la vida solitaria de S. Juan Bautista en el *cap. 11 de S. Mat., v. 7*; y S. Pablo elogia á los profetas que vivían en los desiertos en el *cap. 12 de su Epíst. á los hebreos*. Esto nos parece más que suficiente para fijarnos respecto al juicio que debemos formar del *estado monástico*. Comenzaremos por su historia, y en seguida responderemos á las acusaciones que forman contra él los enemigos del *estado religioso*.

El origen de este se presenta muy sencillo, si queremos abrir los ojos. En las persecuciones que sufrieron los cristianos en los tres primeros siglos, muchos de los de Egipto y del Ponto se retiraron á los lugares solitarios para sustraerse de las pesquisas y de los tormentos. Adquirieron gusto á la soledad, y se mantuvieron en ella, ó volvieron después á ella. S. Pablo, primer ermitaño, se retiró á la Tebaida hácia el año 259, huyendo de la persecución de Decio, y vivió en una caverna hasta la edad de ciento catorce años, alimentándose con el fruto de una palmera que cubría su entrada. S. Antonio, también egipcio, abrazó el mismo género de vida, y fué seguido por otros muchos, quienes vivieron todos en celditas separadas á cierta distancia. Pero en el siglo siguiente los reunió S. Pacomio en varios monasterios y comunidades compuestas de treinta ó cuarenta *monjes*, y les prescribió una regla común. De aquí provino la distinción entre los *cenobitas* ó *monjes* que vivían en comunidad, y los ermitaños ó *anacoretas* que vivían solos.

Todos los *monasterios* reconocían un mis-

mo *abad* por superior, y se reunían con él para celebrar la Pascua. Aseguran que los *monjes* de las diferentes partes del Egipto componían por lo menos el número de cincuenta mil; pero puede ser una exageración.

Si se trata de averiguar cómo podían vivir tantos hombres que nada poseían ni cultivaban, es preciso advertir que en aquel clima se contenta con poco la naturaleza; que allí se alimenta el pueblo con plantas y legumbres que crecen en abundancia; y que es más útil á la salud en un país tan excesivamente cálido la rígida sobriedad.

Los solitarios vivían con dátiles y algunas raíces; los cenobitas trabajaban las hojas de palmera, haciendo esteras y otras obras, de cuya venta sacaban lo más necesario para su alimento. Tampoco se debe creer que la Tebaida y otros desiertos que habitaban los monjes eran absolutamente estériles ó incapaces de cultivo.

Muchos protestantes dieron libre campo á su imaginación para averiguar de dónde vino á los egipcios el gusto á la vida monástica: dicen que fué un efecto natural del calor del clima, que hace al hombre perezoso y sombrío, inclinándole á la soledad, á la vida austera y á la contemplación; que este gusto creció entre los egipcios con las máximas de la filosofía oriental, que entre otras cosas enseñaba la necesidad que tiene el alma de prescindir del cuerpo y de todos los apetitos sensuales cuando quiere aproximarse á la Divinidad. Mosheim, *Hist. christ., siglo 2, § 35, núm. 3, pág. 317; siglo 3, § 28, pág. 669*.

La dificultad está en que este sublime expediente no se conforma con los hechos. 1º El clima del Egipto no varió desde el siglo II de la Iglesia, y es tan cálido en el día como lo era entonces; y ¿por qué las soledades de la Tebaida ya no están en el día pobladas de *monjes* y *anacoretas*? 2º El clima de la Persia, del Asia menor, de la Grecia, de la Italia, de las Galias, de la Inglaterra y de la Rusia en nada se parece al del Egipto; sin embargo, apenas se estableció el cristianismo en estos diferentes países cuando se introdujo en ellos el monacato. Todo el mundo sabe la multitud de *monjes* que había en Inglaterra antes de la pretendida reforma; y este clima es muy diferente del de Egipto, al paso que no hay memoria de haberse contaminado los ingleses con la filosofía oriental. 3º Si el Evangelio elogia la vida monacal, ¿por qué razón hemos de creer que los egipcios recibieron menos impresión de las lecciones de Jesucristo que de las de los filósofos orientales?

En los artículos ABSTINENCIA, ANACORETAS, CELIBATO, AYUNO, MORTIFICACION, etc., se verá que Jesucristo y sus apóstoles aprobaron estas prácticas, dando ellos el primer ejemplo, y alabando á los que adoptaron este género de vida. S. Antonio abandonó su patrimonio y se retiró al desierto, no por haber estudiado la filosofía oriental, sino por haber oído leer las siguientes palabras del Evangelio: « Si quieres ser perfecto, vende todo lo que posees, dalo á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo. *S. Mat., xix, 21*. 4º Mosheim confiesa que desde el origen del cristianismo hubo *ascetas*, esto es, cristianos de ambos sexos, que en el seno de la sociedad observaban casi la misma vida que los *monjes*. *Ibid., nota 1ª*, Bingham, también protestante, prueba lo mismo en su obra *de Orig. ecclés., t. 3, l. 7, c. 1*. Antes que hubiese *monjes*, había ya comunidades de vírgenes que se mantenían en el celibato, y vivían en el retiro, haciendo una vida penitente y mortificada: no hay la más mínima sombra de apariencia de que estos jóvenes tuviesen gusto á la filosofía oriental. Pero no es este el único caso en que los protestantes cierran los ojos á las lecciones del Evangelio, para entregarse á las conjeturas de una falsa erudición.

Las ocupaciones habituales de los *monjes* eran la salmodia, la lectura, la oración, el trabajo de manos y las prácticas de penitencia. Los solitarios se visitaban y edificaban mutuamente con conversaciones piadosas; y cuando se dice que pasaban su vida en continua contemplación no se deben tomar en rigor estas expresiones. Los hombres arrojados por un naufragio á las islas desiertas, hallaron medios de ocuparse y vivir en la soledad; y ¿por qué no sucedería lo mismo á los *anacoretas*? No sabemos en qué sentido dicen Mosheim y otros que la vida de san Pablo, primer ermitaño, era más propia de un bruto que de un hombre. Tan amarga censura se debería más bien aplicar á los distinguidos holgazanes, de que tanto abundan los pueblos, y que sirven de carga para sí mismos y para los demás. V. ANACORETA.

En el año de 306 instituyó S. Hilarion, discípulo de S. Antonio, monasterios en la Palestina imitando los del Egipto. Bien pronto se introdujo la vida monástica en la Siria, la Armenia, el Ponto, la Capadocia, y en todos los demás países del Oriente. San Basilio la aprendió en el Egipto, profesándole el mayor respeto; compuso para los *monjes* una regla, y la tuvieron por tan sabia y tan perfecta que todos la adoptaron, y aun la siguen hoy los

monjes del Oriente. El sabio Assemani dice que los primeros *monjes* de la Mesopotamia y de la Persia fueron otros tantos apóstoles ó misioneros, y que los más llegaron á ser obispos. *Biblioteca oriental, t. 4, c. 2, § 4*.

El año de 340 llevó S. Atanasio á la Italia la *Vida de S. Antonio* que había compuesto, é inspiró á los occidentales el deseo de imitarle. No se sabe á punto fijo en qué pueblos de Italia fueron edificados los primeros monasterios.

El cristianismo, dice Mosheim, jamás hubiera conocido la vida triste, dura y austera de los *monjes*, si el hombre no se dejara seducir por la pomposa máxima de los filósofos antiguos, que se debe atormentar el cuerpo, si el alma ha de entrar en comunicación con Dios. Por desgracia esta máxima se confirma en el Evangelio. « Si alguno, dice Jesucristo, quiere seguirme, renúnciese á sí mismo, tome su cruz, y siga en pos de mí. » *S. Mat., xvi, 24*. S. Pablo dice que los que pertenecen á Jesucristo crucifican su carne con todos sus vicios é inclinaciones, *Epíst. á los Galat., v, 24*; y en la *1ª Epíst. á los Corint., ix, 27*, se pone á sí mismo por ejemplo. Si la vida austera y mortificada fuese contra el espíritu del cristianismo, como pretenden los protestantes, sería imposible que los PP. del siglo IV, que no eran ignorantes ni débiles, hubiesen caído generalmente en el mismo error. Tampoco se puede decir que fué un vicio del clima, porque en todos los climas se pensó del mismo modo, ni que fué el temor del fin del mundo, en cuyo concepto no estaban los PP., ni la inclinación á la filosofía, antigua contra la cual declamaron los PP. con todas sus fuerzas. Pero conocían que para convertir á los paganos era indispensable una vida apostólica, y esta nunca fué el epicureísmo de los incrédulos y protestantes. Tan lejos estamos de percibir en esto misantropía, que solo vemos un celo ardiente por la felicidad y salvación de los hombres. V. ASCETAS, ALEGRÍA (*adición*).

A fines de aquel siglo se introdujo en las Galias la vida monástica; S. Martin, que murió el año de 400, se mira como su primer autor, y él mismo profesó esta vida. En este mismo tiempo fundó san Honorato el célebre monasterio de Lerins por el modelo de los del Oriente. A principios del siglo VI compuso S. Benito su regla para los *monjes* que se le reunieron en el monte Casino, y bien pronto la siguieron todos los *monjes* del Occidente.

Pero la diferencia del clima no permitía

que siguiesen un régimen tan áustero como los orientales, y por eso la regla de S. Benito es mucho mas suave que la de S. Basilio. Severo Sulpicio, en su *Diál. 1.º sobre la vida de S. Martín*, hizo esta observacion á los que se escandalizaban con este acomodamiento, y quisieran que los *monjes* galos practicasen la misma austeridad que los de la Tebaida; aseguran que S. Jerónimo era uno de ellos, porque no habia experimentado la necesidad de un régimen mas suave en los países setentrionales. Pero sin ninguna razon dedujo de aquí Mosheim que se vió en las Galias, no la realidad de la vida monástica, sino solo su nombre y apariencias. Un poco mas ó menos de austeridad no varia lo esencial de la vida monástica, que consiste en la renuncia del mundo y en la práctica de los consejos evangélicos.

No refiere mejor cuando con esta ocasion distingue los *ermitaños* de los *cenobitas* y los *sarabaitas*. Nos parece que todos los *monjes* galos fueron al principio cenobitas, y que los *ermitaños* ó anacoretas vinieron mucho tiempo despues. Tampoco es cierto que los *ermitaños* fuesen la mayor parte fanáticos é insensatos; Mosheim cita falsamente á Severo Sulpicio, que jamás dijo semejante cosa, y no hay hecho que lo pruebe. En cuanto á los *sarabaitas*, á quienes llama S. Benito *girovagos* ó *vagabundos*, convenimos en que eran falsos *monjes* y hombres muy viciosos, disgustados de la disciplina monástica; pero nunca fueron comunes en todo el Occidente. Este desórden es el que hizo conocer en el Oriente la necesidad de sujetar á los *monjes* por votos á su estado, y es injusto acriminar á S. Basilio por haber tomado esta precaucion. La universalidad y perpetuidad de esta práctica demuestran que fué indispensable para prevenir los escándalos.

Por la misma razon se tomó la medida de sujetar á prueba á los *monjes*. Paladio, en su *Hist. Lausiaca* escrita en el año de 420, *cap. 38*, dice: que el que entra en el monasterio, y no puede sufrir los ejercicios por tres años, no debe ser admitido; pero que si en este periodo se le notan obras de la mayor dificultad y desempeño, se le debe abrir camino. Aquí tenemos bien claro el origen del noviciado que hoy se observa, aunque reducido á menos tiempo. Por lo demás, no habia disciplina uniforme respecto á la edad necesaria para el valor de los votos.

En el siglo V, S. Agustín, en su libro de *Opere Monachorum*, tomó la defensa de los que vivian del trabajo de sus manos, contra los que sostenian que seria mejor que vivie-

sen de las oblaciones y de las limosnas de los fieles.

Como los padres solian poner en un monasterio á sus hijos de poca edad para educarlos cristianamente, el concilio segundo de Toledo, celebrado en el año de 447, prohíbe en el *cánon 1.º* que se les obligue á profesar antes de los diez y ocho años, y sin su consentimiento, del que debia asegurarse el obispo. El cuarto, celebrado el año de 589, varió esta disposicion en el *cánon 49*, y quiso que de grado ó por fuerza permaneciesen siempre en el monasterio. Se ignoran las razones de este nuevo decreto que jamás mereció la aprobacion de la Iglesia. Bingham, *Orig. ecclés.*, lib. 7, *cap. 3*, § 5.

Nos parece que hay una contradiccion chocante, en el modo con que Mosheim habla de los *monjes* del siglo V. Dice que era tal la persuasion que habia de su santidad, que de entre ellos sacaban regularmente los párrocos y los obispos, y que se multiplicaban los *monasterios* hasta el infinito; y despues añade que sus vicios pasaron á ser un proverbio. Si hubieran sido comunmente viciosos, no habrian ido á saear de los *monasterios* los párrocos y los obispos en un tiempo en que el pueblo tenia en su mano las elecciones. Si se pregunta por qué se cuentan en el clero de aquel tiempo tanta infinidad de santos, responde que esto nació de la ignorancia de aquel siglo. Pero se le olvidó que este siglo fué el mas floreciente de la Iglesia latina, y que á principios de él vivieron S. Jerónimo y S. Agustín. El mismo cita entre los escritores de aquel tiempo á S. Leon, á Pablo Orosio, á S. Maximo de Turin, á S. Euquerio de Lyon, á S. Paulino de Nola, á san Pedro Crisólogo, á Salviano, á S. Próspero, á Mario Mercadon, á Vicente de Lerins, á Sidonio Apolinar, á Vigilio de Tapso, á Arnobio el Joven, omitiendo otros muchos conocidos. Trata á Casiano de ignorante y supersticioso, solo porque escribió á favor de los *monjes*. Pudo añadir á Severo Sulpicio, á S. Hilario de Arles y al papa Gelasio, etc. Es verdad que la irrupcion de los bárbaros sucedió á principios de este mismo siglo, pero tambien lo es que no destruyeron de un golpe los estudios y las ciencias. La Iglesia griega no fué menos fecunda en apreciables y sabios escritores. V. BÁRBAROS.

La misma pasion é inconsecuencia se nota en Mosheim en su *Hist. del siglo VI*. Sostiene que generalmente el *estado monástico* estaba lleno de *fanáticos* y de *malvados*; en su concepto, abundaban los primeros en el Oriente, y los segundos en el Occidente. ¿Qué se ha

de decir de un escritor tan fogoso? Convenimos en que los *monjes* de Oriente excitaban muchas turbulencias en la Iglesia, unos por su adhesion á Nestorio, y otros por su empeño en sostener á Eutiques; pero los crímenes de la herejia no son los de la vida monástica.

En aquel siglo se instituyó esta profesion, y pronto se extendió á Inglaterra con las misiones de san Agustín y sus compañeros. La prueba de que los *monjes* ingleses no eran entonces fanáticos y malvados, es que fueron los principales apóstoles de los pueblos del Norte. En el artículo MISIONES EXTRANJERAS, hemos visto el encarnizamiento con que Mosheim y sus semejantes se empeñaron en desacreditar sus trabajos, y la injusticia con que los censuraron. La regla de S. Benito no era muy propia para inspirar el crimen y el fanatismo. Es el mayor de los absurdos el suponer que unos hombres viciosos por oficio se consagrasen al mismo tiempo á la salvacion de sus hermanos.

La verdadera causa de la prosperidad, del crédito y de las riquezas que adquirieron los *monjes* en los siglos VI y VII, no fué la decidida proteccion de los papas, como piensa Mosheim. Esta misma proteccion y sus consecuencias vinieron de mas arriba: de la necesidad que habia de los *monjes*, y de los servicios que prestaron en aquellas circunstancias. Decayó el clero secular cuando los bárbaros saquearon las Iglesias, y llevaron la desolacion á todas partes. Para ponerse á cubierto de sus violencias, fué preciso retirarse á los parajes mas desiertos, y este fué el motivo de que se edificasen una multitud de *monasterios* en las montañas, en los bosques ó en los valles solitarios. Los pueblos, privados de sus pastores, no pudieron recibir auxilios espirituales y temporales sino de los *monjes*; y ¿es extraño que en tales circunstancias adquiriesen crédito, riquezas é importancia? Si hubiesen sido viciosos, no los hubieran respetado los bárbaros; y es constante que este respeto fué una especie de barrera para detener los efectos de su ferocidad.

Mosheim se vió en la precision de confesar que en el siglo VII y VIII conservaron los *monjes* las ruinas de las letras y de las ciencias, reunieron y copiaron libros, y fueron los únicos dueños de las bibliotecas que entonces quedaron. Los *monasterios* se hicieron el depósito de las actas públicas, de los ordenamientos de los reyes, de las decisiones de los parlamentos, de los tratados entre los príncipes, de los titulos de fundacion y de todos los monumentos de la historia. Ob-

serva que las familias mas distinguidas fijaban su dicha en poder colocar sus hijos en el claustro.

Si los *monjes* hubieran sido tan desarreglados como él pretende, ¿seria posible que tuviese con ellos tanta consideracion y confianza, y que hubiesen trabajado con tanta aplicacion en hacerse útiles á sus hermanos? En el dia se les acusa por recompensa de hacer falsificado los libros, los titulos y monumentos.

Dice que los *monjes* engañaban al pueblo con una falsa apariencia de piedad; pero si salvaban siquiera la apariencia, su vida no era tan escandalosa. El pueblo nunca fué tan ciego ni tan imbécil como pretenden; tuvo siempre los ojos muy abiertos sobre la conducta de los eclesiásticos y *monjes*, porque sabe que estas dos clases de hombres fueron instituidos para su utilidad, y deben dar ejemplo de todas las virtudes. Uno solo que escandalice hace mas ruido que ciento que edifiquen.

Observa tambien que en aquellos tiempos hubo grandes disputas entre los obispos y los *monjes* sobre sus derechos y posesiones respectivas; que estos recurrieron á los papas, quienes los tomaron bajo su inmediata jurisdiccion; que de aquí nacieron las exenciones: todo esto era efecto de las circunstancias, y no de la ambicion de los papas, como se quiere suponer.

Si hubo disputas, intereses opuestos ó injusticias de una y otra parte, no se debe juzgar de sus virtudes ó de sus vicios por algunos rasgos de humor ó de sátira dirigidos contra los *monjes* por los escritores que estaban quejosos de ellos. Tampoco se debe dar mucho crédito á lo que escribieron los *monjes* contra el clero secular en aquellos momentos de fermentacion: la prudencia debe desconfiar de las quejas de sus adversarios.

Pero Mosheim no puede sufrir en los *monjes* virtudes, ni vicios, ni vida solitaria, ni espíritu social.

« En el Oriente, dice, los que en el siglo VIII practicaban las mayores austeridades en los desiertos de Egipto, de la Siria y de la Mesopotamia, estaban sumidos en una profunda ignorancia, en un fanatismo insensato y en una supersticion grosera. » La acusacion no deja de ser de gravedad, pero no tiene fundamento: bien sabe todo el mundo la significacion que dan los protestantes á las palabras *fanatismo* y *supersticion*. Llamen así á todas las prácticas de piedad que se usan en la Iglesia católica, y á todas las austeridades que aprueba el Evangelio. « Los que se

vinieron, continúa, á las poblaciones, turbaban la sociedad, y fué preciso reprimirlos muchas veces con severos edictos de Constantino Copronimo y de otros emperadores. » Tuvo cuidado de omitir que estos emperadores eran iconoclastas ó destructores de las imágenes, y que los *monjes* sostenían con todas sus fuerzas la doctrina católica sobre este punto. Tampoco dijo que Constantino Copronimo fué un monstruo de crueldad, que hizo atormentar, mutilar y morir en los cadalsos á muchos obispos, sacerdotes y *monjes*, porque no quisieron imitar su impiedad. Véase ICONOCLASTAS. ¿Es lícito disfrazar de este modo la Historia eclesiástica, para favorecer las opiniones de los protestantes?

Asegura que en el Occidente no seguían los *monjes* ninguna regla; que se entregaban á la ociosidad, á la crápula, á los placeres libidinosos y á otros vicios; y lo prueba con una porción de *capitulares* de Carlo Magno, que trataban de reformarlos. No negamos que hubiese entonces muchos monasterios de poca regularidad; pero si consultamos el octavo siglo de los *Anales de los benedictinos* y las *Actas de los santos de esta orden por Dom Mabillon*, veremos que el mal no era tan grande ni tan general como supone Mosheim. Lo que pasaba en los estados de Carlo Magno nada prueba contra los *monjes* de Italia, de España y de Inglaterra.

Para la reforma del clero secular se creyó necesario sujetar á las sacerdotes de las catedrales á la vida comun. S. Crodegando, obispo de Metz, escribió para ellos una regla muy semejante á la de los monasterios: tal es el origen de los canónigos. Este hecho no prueba que la vida monástica era entonces una cloaca de vicios y desarreglos, como dicen los protestantes. Sabemos también que la mayor parte de los autores de aquel siglo, cuyas obras conservamos, fueron abades ó *monjes*.

Lo mismo se debe decir del siglo IX. Observa Mosheim que en estos dos siglos muchos señores, príncipes y soberanos, renunciaron su fortuna y dignidad, y se confinaron en los claustros para servir á Dios. Los emperadores y reyes nombraban ministros á los *monjes*, estos eran sus embajadores en las cortes, y los sugetos de su mayor confianza. Este historiador sostiene que en general los *monjes* eran desarreglados, porque Luis el Debonario se valió de san Benito de Aniano para reformarlos, restablecer la disciplina monástica, y reunir los monasterios bajo una misma regla. Aunque esto prueba que no todos eran santos, también demuestra

que este era el menos malo de todos los estados de la sociedad, que en él había muchos menos vicios, y que jamás le perdonaron ningún desorden.

No se puede negar que la relajación del estado monástico en estos dos siglos nació de los desórdenes del gobierno feudal. La licencia con que los señores saqueaban los monasterios, y se apropiaban sus rentas so color de protección, redujo á los abades á defenderse por la fuerza; armaron sus vasallos, se pusieron á la cabeza, y se hicieron temibles; fueron admitidos en los parlamentos con los obispos, y principiaron á alternar con ellos; tomaron partido en las guerras civiles como todos los demás señores.

Los normandos hacían correrías por la Francia, y acabaron de arruinarla; y los *monjes* que podían sustraerse á sus devastaciones, dejaban el hábito, se iban entre sus parientes, tomaban las armas ó ejercían algún tráfico para vivir. No es extraño que los monasterios que quedaron en pie se compusieran de *monjes* ignorantes que apenas sabían leer su regla, y fuesen gobernados por superiores extraños ó intrusos. Pero no hemos de juzgar de los *monjes* de todo el universo por los de aquellos tiempos de calamidad y de anarquía.

En el siglo X, S. Odon, abad de Cluny, hizo en su orden una reforma que fué casi generalmente adoptada, aunque según Mosheim consistía principalmente en prácticas incómodas y minuciosas. Da este nombre á la abstinencia, al ayuno, á la clausura mas severa, á la continua asistencia al coro, á la privación de las comodidades superfluas, etc. Pero estas pretendidas minuciosidades son las que conservan la fidelidad á la regla, sirven de alimento á la piedad, y sostienen la virtud. Si los *monjes* hubieran estado entonces sin leyes, sin costumbres, sin religión y habituados á los vicios mas groseros, ¿hubieran sido tan fáciles de reformar, que un solo hombre pudo conseguir su reforma? Nada dice contra los orientales de los siglos IX, X y XI, porque no fueron atormentados como los europeos.

En esta nueva época también se contradice palpablemente Mosheim. Dice que todos los escritores de aquel tiempo hablan de la ignorancia, de los fraudes, contestaciones, desarreglos, crímenes ó impiedad de los *monjes*; que sin embargo gozaban de consideración, de honores y de riquezas, porque los seculares, que aun eran mas viciosos y mas ignorantes que ellos, se lisonjaban de expiar todos sus pecados con las oraciones de

los *monjes* compradas á peso de dinero; que sin embargo los de Cluny eran generalmente mas estimados y respetados, porque parecían mas regulares y virtuosos.

Este es un cuadro sin duda muy cargado; y de él resulta que los legos de aquel siglo no eran tan estúpidos, que no distinguiesen entre los *monjes* los que parecían tener mas regularidad; ni tan relajados que no los estimasen mas que á los otros. Esto supuesto, jamás se probará que los seculares tenían confianza en las oraciones de una clase de sugetos que pintan los escritores de aquel tiempo como impíos y malvados. Esta pretendida relajación no se prueba con el testimonio de ninguno de los escritores contemporáneos.

Tal vez se podrán citar en la historia algunos hechos particulares muy odiosos; pero es una injusticia y una inconsecuencia inferir de aquí que estos hechos sean generales. Resulta también que los desórdenes verdaderos ó falsos atribuidos á los *monjes* no eran un vicio de su estado, sino de su siglo; que en medio de la relajación universal que había entonces, casi tocaba en lo imposible que no penetrase alguna chispa en los claustros; y casi se podía formar el mismo juicio respecto á nuestro siglo. Aun cuando la impiedad, la irreligión y la moral pestífera de los filósofos incrédulos llegaran á introducirse en los monasterios, ninguna consecuencia se podría sacar contra la santidad de su estado.

En el siglo XI fundó S. Romualdo en Italia la congregación de los camaldulenses, y S. Juan Gualberto la de Valleumbroso; el abad Guillermo fundó en Alemania la congregación de Hirsauge, y S. Roberto, abad de Molesmes, fundó en Francia la de los cistercienses: todos ellos hicieron revivir la severidad de la regla de S. Benito. Así que hallamos en todos los siglos *monjes* que entran voluntariamente en la regularidad de su primer origen, y que hallan en su regla primitiva el medio de buscar su reforma. Sin embargo, los protestantes é incrédulos declaman contra la misma regla; pero ¿quién los hubiera reformado si hubiesen llegado al extremo en el error, en la impiedad y en la irreligión?

A fines del mismo siglo principiaron los cartujos; y Mosheim confiesa que no hay ninguna orden que conserve con mas constancia el fervor de su primitiva institución, porque en siete siglos no ha tenido necesidad de reforma.

Bien sabido es el esplendor que con su ta-

lento y sus virtudes dió S. Bernardo en el siglo XII á la orden de los cistercienses, y el abad Sugero á la de S. Benito. Sin embargo, no les faltaron censores á estos dos grandes hombres: el mérito eminente siempre los tendrá. Mosheim habla con poco aprecio del primero, y nada dice del segundo. Insiste en las disputas y enemistades que la diferencia de intereses introdujo en estas dos órdenes religiosas, y las contestaciones que hubo entre los *monjes* y canónigos regulares. Pero es bien sabido que todas estas disensiones no fueron bastantes para causar la mas mínima alteración en las costumbres de aquellas congregaciones. Las otras órdenes instituidas en el mismo siglo, como la de Fontevault, la de los premonstratenses y la de los carmelitas, son una prueba de que continuaba gozando de estimación el estado monástico.

El número de estas órdenes se multiplicó en el siglo XIII; y nuestro historiador se ve precisado á confesar que en aquella época hubo entre los *religiosos* verdaderos sabios; que los dominicos españoles estudiaron la lengua y literatura de los árabes, para poder trabajar en la conversión de los judíos y de los sarracenos, ó de los moros mahometanos; entonces fué cuando tuvieron su origen las órdenes mendicantes. Confiesa Mosheim que su institución fué efecto de la necesidad de la Iglesia. El clero secular abandonaba sus funciones, dejando á los pueblos sin auxilios espirituales, y los antiguos *monjes* habían aflojado mucho en su disciplina. Los herejes, aunque divididos en muchas sectas, se reunían para sostener que los ministros de la Iglesia debían imitar á los apóstoles, y practicar la pobreza voluntaria; los doctores de estas sectas profesaban esta pobreza, y no cesaban de declamar contra las riquezas y costumbres relajadas del clero y de los *monjes*, y los pueblos se dejaban seducir con estas invectivas. A la pobreza ostentosa é insolente de los sectarios fué preciso oponer el ejemplo de una pobreza humilde y modesta, junto con una vida austera y mortificada. Esto es lo que hizo propagar en poco tiempo la orden de los dominicos, de los franciscanos, de los carmelitas y de los agustinos.

Confiesa nuestro historiador que al principio hicieron muchos servicios; que su celo y la pureza de sus costumbres inspiraron á los pueblos el respeto y la confianza; pero observa que de esto resultaron muy grandes abusos. Los mendicantes, protegidos singularmente por los papas y por los soberanos, se mezclaron en todos los negocios, se encargaron de